

Telégrafo de posguerra

Por Raúl Mario García Fandiño

La portada del primer número de la revista de la Asociación de Amigos del Telégrafo, con una bonita reproducción del antiguo aparato telegráfico Hughes y su aspecto de maquinaria del reloj de la Puerta del Sol, trajo a mi memoria recuerdos de la infancia que ya casi el tiempo había borrado.

Era el año 1940. Yo acababa de regresar de Argentina, después de la guerra civil española, y tenía siete años de edad. Mi madre me llevó una noche a la ventanilla de servicio nocturno de Telégrafos de Santiago de Compostela, donde aquel día estaba de guardia mi padre. Lo que vi me dejó admirado: él estaba al teclado de algo que parecía un piano, que tenía encima unos engranajes muy raros y una especie de batidor de huevos metálico, muy ruidoso. Como no había luz eléctrica (los apagones entonces eran el pan nuestro de cada día), la escena se iluminaba gracias a la luz de una vela medio consumida. Y, precisamente porque no había electricidad, aquel aparato funcionaba gracias a unas grandes pesas que mi padre hacía elevarse a fuerza de pedalear con el pie derecho. Por si todo eso fuera poco, mi progenitor estaba atendiendo al público por su izquierda, cogía los telegramas, contaba las palabras y cobraba el importe con la mano de ese lado mientras, con la derecha, no dejaba de pulsar una tecla de aquel piano para mantener el sincronismo con el aparato colateral. A muchos malabaristas les aplauden por bastante menos.

Como ese funcionamiento rudimentario se prolongó durante mucho tiempo, mi padre desarrolló un músculo más grande en la pierna derecha que en la izquierda, debido al continuo esfuerzo realizado para levantar los pesados contrapesos que mantenían aquel Hughes en movimiento. En esa pierna la pantorrilla no desmerecería de la de un Bahamontes, pongo por caso. En la otra no.

Pasaron diez años más y entonces fui yo mismo quien tuve ocasión de utilizar aquel extraño y complicado medio de comunicación. Yo también fui “hughista”. Pero lo mío ya no tenía tanto mérito: el motor funcionaba con corriente eléctrica, no necesitaba pesas, mis pantorrillas no eran de ciclista y no había vela.

De todas formas, el Hughes era un aparato “sui generis” que provocaba en el que lo manejaba una especie de excitación por la tendencia que todo buen hughista sentía a utilizar combinaciones de letras que producían un sonido más sonoro y tableteante, como de galope de un caballo. Eso enardecía tanto a los veteranos que abusaban de ello. Hasta el punto que un señor vino a pedirnos explicaciones porque no entendía la firma del telegrama que había recibido. Lo firmaba un pariente suyo: Pepe.

Pero, a guisa de apellido, seguía: “recuoskyunoskyceroskykdosky”. Todo esto, que un “copín” despistado había pegado indebidamente en el telegrama, le parecía al hombre un idioma centroeuropeo. Polaco, o algo así. Por supuesto, se trataba de algo más normal: “Recu uno. Cero kdo”. ¡Pero era tan tentador terminar las palabras en sky para que el Hughes “galopara” denotando la maestría del hughista de turno...!